Intimidad en la Noche Oscura: Meditación sobre Marcos 8

> *Deseo que seas tú quien abre de par en par la puerta de su corazón a Mí, tu amado Esposo… Llamo sin cesar a la puerta de tu corazón, a tu aposento interior, pero muchas veces no oyes Mi llamada, pues estás distraída con muchas cosas, y Mi presencia se aleja de ti.* 12/9/26

Cuando rezo pensando en esta puerta que da a la cámara interior de mi corazón, mi imaginación se traslada rápidamente a una película que me marcó de niño. Cuando estaba en el bachillerato, se estrenó la película clásica "Gladiador", protagonizada por Russell Crowe. Hay un motivo recurrente a lo largo de toda la película: Máximus camina por un campo de trigo y llega a un muro de piedra con una pesada puerta de madera. Tiene el anhelo; su corazón late con fuerza por cruzar esa puerta y llegar a su hogar, pero hay batallas y pruebas que debe afrontar antes de cruzarla. La película va en crescendo a un suspense dramático cuando su mano se acerca al pestillo. Al principio de la película, Marcus Aurelius le pregunta a Máximus: «Háblame de tu hogar». Máximus se llena de alegría y se emociona al describir con gran detalle los jardines de su casa: «La tierra es fértil, y de un negro intenso como el cabello de mi esposa». Al final de la película, la víctima sacrificial de Roma cruza el umbral de esa puerta y contempla a su amada esposa en su espléndido jardín.

La intimidad divina, como la de los cónyuges perfectos, es aquello para lo que fueron creados nuestros corazones y lo que anhelan. ¿Cómo podemos entender el velo, la barrera, la puerta que se interpone entre Dios y nosotros? Me gustaría proponer el sufrimiento como un tipo de «Noche Oscura» —aunque no sea causado ni querido directamente por Él— como esa puerta. Dios llama a la puerta del sufrimiento de tu corazón. Esos golpecitos duelen, y no podemos comprender la sabiduría del porqué lo hace.

Quiero proponeros una reflexión sobre el Evangelio que me parece una alegoría de las verdades de nuestra primera enseñanza, «Intimidad en la Noche Oscura». Del Evangelio según San Marcos 8, 22-25

> [22]Llegaron a Betsaida. y trajeron a Jesús un ciego y le rogaron que lo tocara. [23]Tomando al ciego de la mano, lo sacó fuera de la aldea; y después de escupir en sus ojos y de poner las manos sobre él, le preguntó: «¿Ves algo?». [24]Y levantando la vista, dijo: «Veo a los hombres, pero los veo como árboles que caminan». [25]Entonces Jesús puso otra vez las manos sobre sus ojos, y él miró fijamente y fue restaurado; y veía todo con claridad.

"Le escupió en los ojos". Tomaos esta frase al pie de la letra y adentraos en la escena. Es asqueroso, impactante. ¿Cómo lo hizo exactamente? Pensad en esto. Me hizo gracia imaginar qué reacción tendría yo si le escupiera a Ernie o a Mark; me darían un puñetazo. Nada de lo que

hizo Jesús es asqueroso. No puede ser un: ¡HaawwkkrrrTuah! (Efecto de sonido). En otras versiones del Evangelio: escupe en la tierra y hace una pasta, pero no en este relato.

Por lo general, que te escupan es un insulto; atenta contra la dignidad de la persona. A todos nos produce una repulsión visceral. «No escondí el rostro ante ultrajes y salivazos». (Isaías 50, 6) A Jesús le escupieron en la cara los sacerdotes y los guardias durante el juicio simulado del Sanedrín. Tras coronarle con espinas, los soldados romanos le escupieron en la cara. ¿Por qué es un acto tan agresivo el hecho de que te escupan? Es como si violara los límites razonables de las relaciones y la intimidad.

¿Cuándo nos sentimos cómodos con los fluidos corporales de otra persona? Siempre me han maravillado las reacciones instintivas de las madres a la hora de lanzarse de cabeza a lidiar con los fluidos corporales de sus hijos: pipí, popó, vómitos, mocos repulsivos, eructos líquidos, etc. Vaya, las madres ni siquiera tienen miedo de limpiar los accidentes de sus hijos adultos o de sus maridos. Lo que hace que se sientan tan cómodas al tocar esos fluidos es el vínculo de la relación. «…Hueso de mis huesos y carne de mi carne (Génesis 2, 23)».

¿Cuándo es que nos sentimos cómodos con la saliva de otra persona? Administrar una reanimación cardiopulmonar que salva vidas nos hace superar cualquier incomodidad que nos produzca el contacto con la saliva de otra persona. Sin embargo, la única circunstancia normal y habitual que se me ocurre en la que los seres humanos se sienten cómodos al entrar en contacto con la saliva de otra persona es con el tipo de beso reservado a la intimidad conyugal. La mecánica de mezclar la saliva entre marido y mujer es un lenguaje corporal intuitivo que grita una realidad clara y a la vez profunda que las meras palabras apenas logran explicar. «Ábrete a mí. Mira dentro de mí. Como un Don, entra en mí. Recibo lo más profundo de ti».

Fíjate de nuevo en esta escena… En la ciudad de Betsaida, la gente lleva a este ciego ante Jesús, con la esperanza de que Él lo toque. Jesús toma al ciego de la mano, lo lleva fuera de la ciudad para estar a solas y luego le escupe en los ojos. Lejos de las miradas ajenas, se trata de un intercambio privado e íntimo. Recordad que este hombre es ciego, por lo que sus otros sentidos están muy agudizados. La forma en que Cristo le toma de la mano, el tono de sus escasas palabras (si es que dice alguna). Imaginad el silencio de ese paseo fuera de la ciudad… «¿Adónde vamos? Esperaba que hiciera su ritual para curarme… ¿Hice acaso algo mal?». Lo desconocido le abruma, pero el deseo acuciante de su corazón y su sensación de pobreza le hacen dócil. Sin duda siente miedo, y, sin embargo, también percibe un «no temas». Puede oír la tranquilidad con la que respira Jesús. Cuando Jesús escupe, siente el calor de su aliento; tiene que haber olido el aliento de Jesús. Tuvo que oler la saliva de Cristo. Tuvo que hacerlo (la nariz está lo suficientemente cerca de los ojos); todo esto tuvo que suceder a muy corta distancia. Jesús no acertó un tiro afortunado desde varios metros de distancia. La sanación y la salvación llegan a este ciego a través de un contacto impredecible e íntimo con la saliva de Cristo en sus ojos.

Este ciego lleva toda la vida sumido en la oscuridad física, y esta invitación a abandonar la ciudad de la mano de un desconocido le resulta sumamente incómoda, sobre todo lo de la saliva… véase la alegoría de la Noche Oscura. En las auténticas Noches Oscuras, Dios es el único protagonista; Él percibe en un alma la docilidad necesaria para permitirle despojarla de las satisfacciones, las comodidades y los apegos del ego, con el fin de aumentar su capacidad de intimidad con la Trinidad. En la primera charla, la imagen es la de la esposa saliendo de su mullida cama. Con esta historia de la saliva y el ciego, quiero destacar la incomodidad de «no ver». Una noche oscura no es un capítulo en el que la gracia de Dios esté menos presente. Más bien, Dios inunda al alma con una gracia que resulta muy incómoda porque no se comprende. Las noches oscuras son caminos que llevan a "Passovers" (pasar por encima) y Pascuas. Una especie de travesía por el desierto que va en contra de nuestras sensibilidades y de nuestro entendimiento habitual. Es como buscar la sanación y que te digan que te bañes siete veces en las aguas sucias del Jordán.

Ved en el ciego el gesto de la esposa en el cuadro de Beth West. Hay una vulnerabilidad absoluta («Confío en ti», lo cual siempre genera miedo) al recibir un regalo de bálsamo de amor íntimo (saliva) tan desesperadamente anhelado y necesario. Algo conyugal que brota de lo más profundo de Jesús entra en él (visión/comprensión del corazón). Más adelante hablaré de esto. El ardiente anhelo de una verdadera comunión de corazones, que solo se presagia en el vínculo conyugal, se satisface para aquellos que se aventuran en las noches oscuras. Atravesar Noches Oscuras rompe los moldes/prisiones que tenemos, al estilo Hallmark, de la fría palmadita en la cabeza (intelecto): «Jesús te ama».

Fíjate en la realidad corporal de la Eucaristía. Déjate escandalizar por un instante, como aquellos de Juan 6. El que te hizo, tu creador, salvador y compañero del alma, entra en ti corporalmente, con no menos deseo e intención que el acto conyugal. Es el máximo «Mírame por dentro, ábrete a mí, recibe lo más íntimo de mí, entra en Mí». Todos nosotros recibimos la comunión en la lengua. He sido testigo en repetidas ocasiones, con mis propios ojos, de la devoción con la que lo recibís en vuestras lenguas. Estáis, literalmente, besando con la lengua a vuestro Hacedor, Creador, Salvador, compañero y esposo del alma. Mezcláis, literalmente, vuestra saliva con Su Cuerpo y Su Sangre, una mezcla de fluidos corporales. Recordad la cita de la Dra. Nina en la primera charla de Lourdes:

> La Eucaristía es el sacramento en el que se consuma esta boda, ya que el Esposo se entrega sin reservas a nosotros, como un esposo a su esposa en el sacramento del matrimonio.[1] [1]

Sus tejidos y fluidos cardíacos, en sentido literal, entran en ti; muerdes Su Corazón. ¿Es tu mordisco esponsal, o es una puñalada usuraria? ¿Tiene Él el permiso y la libertad para morder tu corazón, lo que se sentirá como una Noche Oscura, pero conduce a una intimidad más profunda?

[1] Nina Heereman, *Athirst for the Spirit,* 93

Volviendo al episodio donde se le escupe al ciego, este no se cura del todo en el primer intento. Ve a los hombres como si fueran árboles, por lo que Cristo le toca los ojos de nuevo. Dios no es una máquina expendedora de la que sacamos la curación que necesitamos y luego seguimos nuestro camino. ¿No está tan profundamente arraigada en nosotros la tentación de ser como dioses? La sabiduría que el ciego adquiere tras el segundo intento es como la de un alma pequeña que depende por completo de que Dios escupa sobre ella cada día de su vida. Una y otra vez, debemos sentirnos impulsados a acudir a Él, a recibirlo en la Misa diaria y, así, perseverar con confianza en la larga peregrinación de esta vida hacia una mayor intimidad con Dios Trinidad.

En esta reflexión hemos hablado del ciego, pero ahora me gustaría que dirigierais vuestra mirada hacia Cristo. ¿Qué está pasando con Jesús en esta escena? Creo que Marcos incluye este breve encuentro de sanación como un punto culminante en todo el capítulo 8. El capítulo comienza con la alimentación milagrosa de las cuatro mil personas, en la que Él expresa una gran preocupación por que puedan desmayarse de hambre si las hace marchar. ¿Cuándo fue la última vez que viste a alguien desmayarse de hambre? Yo nunca lo he visto. El hambre de algo más allá de lo que esta vida ofrece, la sed de las cosas de Dios, es lo que llevó a estas personas al hambre física. La empatía de Jesucristo no tenía límites. Tuvo que sentir profundamente su sed y hacerla suya. Creo que un elemento distintivo de la noche oscura es la experiencia del amor como una sed dolorosa de algo más. «Desmayarse de amor» se experimenta como «desmayarse de sed». Así pues, la sed de esta multitud le sumerge en una especie de Noche Oscura.

De inmediato, los fariseos se acercaron para discutir con Él y exigirle otro signo del Cielo. «Y dio un profundo suspiro» (Mc 8, 12). Otras traducciones utilizan la palabra «gemido». Suspirar significa que una persona experimenta un desaliento o un alivio tan intensos que el cuerpo exhala un suspiro profundo, que es audible y, a menudo, involuntario. Cristo veía claramente de dónde procedían el desprecio y las pruebas de los fariseos. Su oscuridad, yuxtapuesta a la sed de las multitudes, debió de sumir a Su humanidad en una profunda desolación. Les niega cualquier signo y se marcha con los apóstoles en la barca.

A continuación, les advierte a los apóstoles que están en la barca: «Estad atentos, evitad la levadura de los fariseos y de Herodes». (Mc 8, 15) Esto se les escapa por completo, y se preocupan porque no tienen pan. «¿Por qué andáis discutiendo que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Tenéis el corazón embotado? ¿Tenéis ojos y no veis, tenéis oídos y no oís? ¿No recordáis…?» (Mc 8, 17-18) La experiencia humana de sentirse solo, de no ser realmente visto, de ser incomprendido por quienes te rodean, es lo peor… El Hijo del hombre agoniza en Su humanidad con los gemidos de toda la creación que espera la restauración. El Hijo del hombre gime con toda la ceguera humana, el sufrimiento, el quebranto, la dureza y la esclavitud al pecado. Este nivel de gemido en Su humanidad tuvo que ser una Noche Oscura.

Ahora llega nuestro episodio con el ciego. Me gustaría llevaros de nuevo a esa escena de la saliva. Mientras Cristo derrama su saliva nupcial sobre los ojos de este hombre ciego, me gustaría imaginar de nuevo un profundo suspiro… Todo ese dolor y esa agonía acumulados durante los días anteriores se liberan en un acto de amor puro… «en el amor y el dolor me multiplico». (famosa letra de María a la que recurro a menudo). En este ciego en particular, Él derrama amor crucificado sobre la ceguera de las multitudes, los fariseos y los apóstoles. Esta vez es un suspiro de alivio, similar al de los cónyuges en su unión matrimonial. El Hijo de Dios suspira en un acto vivificante al escupir. Anticipa compartir plenamente la dicha de la que disfruta con el Espíritu, en el Padre.

¿Qué sanación verdadera prefigura este episodio? El resto del capítulo 8 nos lo revela. Tras sanar al ciego, Jesús, de nuevo a solas con los apóstoles, les pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?» (Mc 8, 29) y les dice: «… el Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días.» (Mc 8, 31). La ceguera de la que quiere sanarnos es la de no ver ni comprender los rincones más recónditos de Su corazón, Sus desolaciones que revelan, de manera personal y experiencial, Su identidad como Amante Sufriente y dador de la Intimidad Divina.

Cada uno de nosotros lleva consigo profundos sufrimientos. Sin duda, hay oscuridad en ver y comprender en ellos una puerta de entrada a la intimidad con la Víctima. Vuelve a mirar el cuadro de Beth West y mírate a ti mismo en la puerta del sufrimiento. Ojalá que nosotros, como almas víctimas dóciles, tengamos la visión sanada para confiar en Su mano traspasada que llama a la puerta de nuestro dolor. Ojalá seamos los pocos lo suficientemente abiertos como para que Él pueda escupir sobre nuestro dolor.
Apocalipsis 3, 20:

*[20]Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. «*Señor, llama a la puerta de mi dolor; quiero conocerte, quiero verte, quiero amarte y amar contigo. Amén».

Con tantas reflexiones aquí, si pudiera proponeros una tarea para esta semana, sería que fuerais a un lugar tranquilo y le pidierais a Él que os ayudara a ver con el corazón en qué aspectos falláis estrepitosamente a la hora de escuchar Su llamada, cuando Él escupe sobre vuestro dolor. Todos somos demasiado humanos, y dejamos pasar innumerables oportunidades cuando la cruz nos golpea y la saliva nos salpica la cara… Nos echamos atrás. Arrepiéntete con todo tu ser por ser un alma víctima lamentable. Para sentir el arrepentimiento, tendrás que ser concreto. Conozco mi propia táctica para calmar el dolor que aflora. Recurro a mi móvil en busca del siguiente podcast, vídeo de YouTube, etc.